

instinto animal? Una madre es tan astuta para unirse á sus hijos como puede serlo una joven para dirigir bien, ó mejor dicho, mal, una intriga de amor. Si tu marquesa hubiese querido alimentar y vestir á sus hijos, ni el diablo se lo hubiera podido impedir, ¿no te parece? Lo que es la bola esta es demasiado grande para que se la trague un juez tan veterano como yo. Prosigamos.

«Que la edad en que están dichos niños, exige que se tomen inmediatamente precauciones para librarles de la funesta influencia de esta educación, para cambiarla por la que les corresponde con arreglo á su clase, y para que no tengan constantemente á la vista el mal ejemplo de la conducta de su padre.

»Que en confirmación de los hechos alegados, existen pruebas cuya repetición podría obtener fácilmente el tribunal; que muchas veces el señor de Espard ha llamado mandarin de tercera clase al juez de paz del duodécimo distrito, y que otras muchas veces ha titulado *letrados* á los profesores del colegio de Enrique IV. Con motivo de las cosas más sencillas, dice que tal cosa no pasaba así en la China, y en el curso de la conversación ordinaria, hace alusión continuamente ya á la señora Jeanrenaud ó ya á acontecimientos ocurridos bajo el reinado de Luis XIV, y entonces permanece sumido en profunda melancolía: á veces se imagina estar en la China. Algunos vecinos suyos, y especialmente Edme Becker, estudiante de medicina, y Juan Bautista Fremont, profesor, domiciliados ambos en la misma casa, piensan, después de haber tratado al marqués de Espard, que su monomanía en todo lo relativo á la China es una consecuencia de un plan formado por el señor barón de Jeanrenaud y la dama viuda, su madre, para lograr el completo anonadamiento de las facultades morales del marqués de Espard, toda vez que el único favor que la señora Jeanrenaud parece hacer al señor de Espard consiste en procurarle todos los datos relativos al Imperio de la China;

»Que, finalmente, la exponente se compromete á probar al tribunal que las sumas absorbidas por el señor y la señora viuda de Jeanrenaud, desde 1814 á 1828, no bajan de un millón de francos.

»En confirmación de los hechos que preceden, la exponente ofrece al señor presidente el testimonio de las personas que ven con frecuencia al señor marqués de Espard, y

cuyos nombres y profesiones van al margen. De estos últimos hay algunos que le han suplicado que presentase la interdicción del señor marqués de Espard, como el único medio de poner su fortuna al abrigo de su deplorable administración y á sus hijos lejos de su funesta influencia.

»Esto considerado, señor presidente, y vistas las piezas adjuntas, y puesto que los hechos que preceden prueban evidentemente el estado de demencia y de imbecilidad del antes citado, calificado y domiciliado, señor marqués de Espard, la exponente le ruega que se digne ordenar que, para lograr la interdicción de aquél, se comunique la presente demanda y las piezas comprobantes al señor procurador del rey, y que nombre á uno de los jueces del tribunal, con objeto de hacer la sumaria para el día que tenga usted á bien indicar. Gracia, etc.»

—Y he aquí á continuación la providencia del presidente nombrándome juez instructor de este asunto. Ahora bien, ¿qué me quiere la marquesa de Espard? Yo con esto lo sé todo. Mañana iré con mi escribano á casa del marqués, porque esto no me parece claro.

—Escuche usted, querido tío, yo no le he pedido á usted nunca favor alguno en lo relativo al ejercicio de sus funciones judiciales, y le ruego que tenga usted con la señora de Espard una complacencia que bien merece su situación. Si ella viniese aquí ¿la escucharía usted?

—Sí.

—Pues bien, vaya usted á oírla á su casa mañana. La señora de Espard es una mujer enfermiza, nerviosa, delicada, que no se encontraría bien en la gazapera de usted. Puesto que la ley les prohíbe á ustedes comer y beber en casa de las partes, no acepte usted la invitación á comer, pero vaya usted á su casa mañana por la noche.

—¿No os prohíbe á vosotros la ley recibir legados de los muertos? dijo Popinot creyendo ver cierta ironía en los labios de su sobrino.

—Vamos, tío, aunque sólo sea para adivinar la verdad de este asunto, acceda usted á mis deseos. Puesto que las cosas no le parecen á usted claras, venga como juez de instrucción. ¡Qué diantre! Yo creo que el interrogatorio de la marquesa no es menos interesante que el de su marido.

—Tienes razón, dijo el magistrado. Muy bien pudiera ser ella la loca. Iré.

—Yo vendré á buscarle. Escriba usted en su agenda: *Mañana por la noche, á las nueve, á casa de la señora de Espard.* Está bien, dijo Bianchón viendo que su tío anotaba la cita.

Al día siguiente por la noche, á las nueve, el doctor Bianchón subió la polvorienta escalera de su tío y encontró á éste engolfado en la redacción de algún espinoso informe. El sastre no había llevado la levita que había encargado Lavienne, y por lo tanto, Popinot se puso su levita vieja, llena de manchas, y fué el Popinot *incomptus* cuya presencia excitaba la risa de los que desconocían su vida íntima. Bianchón logró, sin embargo, poner en orden la corbata de su tío y abrocharle la levita, cuyas manchas procuró ocultar abrochando el lado que estaba más nuevo, á fin de ocultar así el lado viejo. Pero un instante después el juez se arrugó por completo la levita amontonándola sobre el pecho á causa del modo que tuvo de meterse las manos en los bolsillos, obedeciendo á su arraigada costumbre. La levita, atrozmente arrugada por delante y por detrás, formó una especie de bolsa en la espalda, y produjo, entre el chaleco y el pantalón, una solución de continuidad, por la que se veía la camisa. Para mayor desgracia, Bianchón no se apercibió de aquella posición ridícula hasta el momento en que su tío se presentó en casa de la marquesa.

Para hacer inteligible la conferencia que Popinot iba á tener con la marquesa, se hace aquí necesario reseñar ligeramente la vida de la persona en cuya casa se reunían en este momento el doctor y el juez.

Hacia ya siete años que la señora de Espard estaba de moda en París, donde la moda eleva y rebaja, alternativamente, á personajes que, tan pronto grandes como pequeños, es decir, tan pronto en boga como olvidados, pasan á ser más tarde personas insoportables como lo son todos los ministros desgraciados y todas las majestades caídas. Aburridos al ver sus pretensiones frustradas, estos aduladores de su pasado lo saben todo, maldicen de todo y, al igual que los disipadores arruinados, son amigos de todo el mundo. Habiendo sido abandonada por su marido hacia el año 1815, la señora de Espard debía haberse casado hacia el año 1812, y sus hijos tenían, por lo tanto, necesariamente el uno quince años y el otro trece. ¿Por qué casualidad estaba á la moda una madre de familia de unos treinta y tres años próximamente? Aunque la moda sea caprichosa y nadie pueda designar de antemano

á sus favorecidos, ya que tan pronto favorece á la mujer de un banquero como á otra mujer cuya belleza y elegancia sean dudosas, debe parecer sobrenatural que la moda hubiese tomado giros constitucionales adoptando la *presidencia por edad*. En esta ocasión, la moda había hecho como todo el mundo; aceptaba á la marquesa de Espard por joven. La marquesa tenía treinta y tres años, según su partida de bautismo, y veintidós únicamente por la noche en los salones. Pero cuántos cuidados y artificios para lograr esto! Rizos artificiales le ocultaban las sienas, y se condenaba en su casa á una media claridad, fingiéndose enferma, á fin de disfrutar de los tintes protectores de la poca luz. Como Diana de Poitiers, la marquesa empleaba agua fría en sus baños, dormía sobre crin y con almohadas de marroquí para conservar la cabellera; comía poco, no bebía más que agua, combinaba sus movimientos á fin de evitar la fatiga, y empleaba una exactitud monástica en los menores actos de su vida. Según se cuenta, este rudo sistema fué llevado, por una polaca, hasta emplear hielo en lugar de agua y hasta á sacrificarse á tomar los alimentos fríos, la cual ilustre polaca se preocupa aún hoy mucho de su exterior, á pesar de sus muchos años. Destinada á vivir tanto como Mario Delorme, al que los biógrafos atribuían ciento treinta años, la antigua vicerreina de Polonia muestra, á la edad de cerca de cien años, una gracia y un corazón jóvenes aún, una cara agradable y un talle encantador, y en su conversación, en la que chisporrotean las palabras como los sarmientos en el fuego, puede comparar los hombres y los libros de la literatura actual con los hombres y los libros del siglo xviii. Desde Varsovia le encarga sus sombreros á Herbault. Gran señora, tiene aún ilusiones de joven; nada, corre como un colegial, sabe tumbarse sobre una otomana con tanta gracia como una joven coqueta, insulta á la muerte y se ríe de la vida. Después de haber asombrado antaño al emperador Alejandro, puede aún hoy sorprender al emperador Nicolás con la magnificencia de sus fiestas. Hace aún derramar lágrimas á algún joven enamorado, pues tiene la edad que quiere, y las gracias inefables de la coquetona modistilla, le son tan fáciles de afectar como aquella dignidad y aquel aire majestuoso que la distinguen entre todas las mujeres. En fin, si no es el hada del cuento, es un verdadero cuento de hadas. ¿Había conocido la marquesa de Espard á

la señora Zayochek? ¿Intentaba acaso seguir sus mismas huellas? Sea lo que fuese, es el caso que la marquesa probaba la bondad de este régimen, pues su tez era pura aún, su frente no tenía arrugas y su cuerpo conservaba, como el de la querida de Enrique II, la flexibilidad y la frescura, atractivos ocultos que atraen al amor y lo perpetúan. Las sencillas precauciones de este régimen, indicado por el arte y la naturaleza y acaso también por la experiencia, encontraban, por otra parte, en aquella mujer un temperamento que los favorecía. La marquesa estaba dotada de una profunda indiferencia por todo lo que no era ella; los hombres la divertían, pero ninguno le había causado esas grandes excitaciones que conmueven profundamente á las dos naturalezas y acaban por estrellar la una contra la otra. Esta mujer no sentía ni odio ni amor. Cuando la ofendían, se vengaba fría y tranquilamente y esperaba impávida la ocasión de satisfacer la mala idea que hubiese concebido. No se movía, no se agitaba, y hablaba porque sabía que diciendo dos palabras una mujer puede matar á tres hombres. Se había visto abandonada con gusto por el señor de Espard; no se llevaba éste consigo dos hijos que por el momento le aburrían y que, más tarde, podían dañar sus pretensiones. Sus amigos más íntimos, como sus aduladores menos perseverantes, al no verle nunca ninguna de esas joyas de Cornelia, que van ó vienen, confesando, sin saberlo, la edad de una madre, la tomaban por una joven. Los dos niños que tanto parecían preocupar á la marquesa en su demanda, eran, lo mismo que su padre, completamente desconocidos para el mundo. El señor de Espard pasaba por un extravagante que había abandonado á su mujer sin tener el menor motivo para ello. Dueña de sí misma á los veintidós años y dueña también de su fortuna, que consistía en veintiséis mil francos de renta, la marquesa titubeó y reflexionó mucho tiempo antes de tomar un partido y de decidir su existencia. Aunque se aprovechaba de los gastos que su marido había hecho en su palacio y aunque conservaba los muebles, carruajes y caballos, en fin, toda una casa montada, ella hizo una vida retirada durante los años 1816, 17 y 18, época durante la cual las familias se reponían de los desastres ocasionados por las tormentas políticas. Como perteneciese, por otra parte, á una de las casas más considerables y más ilustres del arrabal Saint-Germain, sus padres le aconsejaron

que viviese en familia después de la separación forzosa á que la condenaba el inexplicable capricho de su marido. En 1820, la marquesa salió de su letargo, apareció en los salones y en las fiestas y recibió en su casa. Desde 1821 hasta 1827, arrastró un tren asombroso, se hizo notar por su gusto y su elegancia, tuvo sus días y sus horas de recepción señalados, y por fin no tardó en sentarse en el trono donde habían brillado precedentemente la vizcondesa de Beuseant, la duquesa de Langeais y la señora Firmiani, que, después de su casamiento con el señor de Camps, había resignado el cetro en manos de la duquesa de Maufrigneuse, á la cual se lo arrancó la señora de Espard. El mundo no sabía nada más que esto acerca de la vida íntima de la marquesa de Espard, y esta señora parecía llamada á permanecer mucho tiempo sobre el horizonte parisiense como un sol próximo á ponerse pronto, pero que no se pondría nunca. La marquesa había trabado estrecha amistad con una duquesa no menos célebre por su belleza que por su adhesión á la persona de un príncipe caído á la sazón, pero acostumbrado á entrar siempre como dominador en los gobiernos del porvenir. La señora de Espard era también amiga de una extranjera aliada con un ilustre y astuto diplomático ruso. Finalmente, una anciana condesa, acostumbrada á barajar las cartas del gran juego político, la había adoptado como hija. Para cualquier hombre de alcances, la señora de Espard se preparaba así para ejercer una sorda y real influencia en el reinado público y frívolo que debía á la moda. Su salón empezaba á adquirir cierta consistencia política, y las frases: «¿Qué se dice en casa de la señora de Espard?» «Muéstrase contrario á esta medida el salón de la señora de Espard», empezaban á correr de boca en boca de un número de estúpidos bantante grande para dar á aquel rebano de fieles toda la autoridad de un partido. Algunos políticos derrotados, halagados y acariciados por ella, tales como el favorito de Luis XVIII, que no gozaba ya de reputación alguna, y antiguos ministros próximos á volver al poder, decían que entendía tanto en diplomacia como la mujer del embajador ruso en Londres. La marquesa había dado varias veces á ciertos diputados y pares ideas y frases que desde la Cámara habían llamado la atención de Europa, y en multitud de ocasiones había juzgado ciertos acontecimientos acerca de los cuales no se atrevían á emitir opinión

algunos políticos. Los principales personajes de la corte iban á jugar al whist á su casa por la noche. Por otra parte, la marquesa tenía las cualidades de sus defectos; pasaba por ser discreta y lo era, y su amistad parecía ser sincera. Servía á sus protegidos con una persistencia que probaba que ella aspiraba, más bien que á aumentar su nombre, á crearse prosélitos. Esta conducta era inspirada por su pasión dominante, por la vanidad. Las conquistas y los placeres que tanto atraen á ciertas mujeres, le parecían á ella medios únicamente, pues esta mujer aspiraba á vivir en todos los puntos del mayor círculo que puede describir la vida. Entre los hombres jóvenes aún, que parecían tener un porvenir y que frecuentaban sus salones los grandes días, se veía á los señores de Marsay, de Ronquerolles, de Montriveau, de La Roche-Hugón, de Sérizy, Ferraud, Máximo de Trailles, de Listomere, los dos Vandenesse, del Chatelet, etc. Frecuentemente admitía á un hombre, sin querer recibir á su mujer, y su poder era ya bastante fuerte para imponer estas duras condiciones á ciertas personas ambiciosas, tales como los dos célebres banqueros realistas señores de Nucingen y Fernando de Tillet. La marquesa de Espard había estudiado tan bien la vida parisiense, que se había conducido siempre de modo que ningún hombre pudiese tener superioridad alguna sobre ella. Se hubiera podido prometer una fortuna enorme por un billete ó por una carta donde ella se hubiera comprometido, en la seguridad de que no se hubiese encontrado ninguna. Si la sequedad de su alma le permitía desempeñar su papel al natural, su exterior no le ayudaba menos. Tenía talle delgado, su voz era, cuando mandaba, insinuante y fresca, clara, dura. Poseía con eminencia los secretos de esa actitud aristocrática con la que una mujer borra el pasado. La marquesa conocía á las mil maravillas el arte de poner un abismo entre ella y el hombre que se creyese con derecho á ciertas confianzas después de haber gozado de una dicha casual. Su mirada imponente sabía negarlo todo. En su conversación, los sentimientos grandes y hermosos, las determinaciones nobles, parecían brotar naturalmente de un alma y un corazón puros; pero esta mujer era en realidad todo cálculo y muy capaz de manchar á un hombre torpe, en el momento en que ella transigiría sin vergüenza en favor de sus intereses personales. Al intentar atraerse á esta mujer, Rastignac había visto en ella un ins-

trumento hábil, pero del cual no se había servido aún, pues lejos de poder manejarla, él se veía manejado por ella. Este joven *condottiere* de la inteligencia, condenado, como Napoleón, á librar siempre batalla sabiendo que una sola derrota era la tumba de su fortuna, había encontrado en su protectora un peligroso adversario. En medio de su vida turbulenta, aquella era la primera vez que Rastignac luchaba con un contrincante digno de él. En la conquista de la señora de Espard veía un ministerio, y por eso la servía antes de servirse de ella: peligroso debut.

El palacio de Espard exigía una numerosa servidumbre, porque el tren de la marquesa era considerable. Las grandes recepciones tenían lugar en el piso bajo, pero la señora de Espard habitaba en el primer piso de la casa. El lujo de una gran escalera magníficamente adornada y unas habitaciones decoradas con el noble gusto que se respiraba antaño en Versalles, presagiaban una inmensa fortuna. Cuando el juez vió que la puerta cochera se abría ante el cabriolé de su sobrino, examinó con rápida mirada la conserjería, el patio, las cuadras, las flores que adornaban la escalera, la exquisita limpieza de los pasamanos, de las paredes y de las alfombras, y contó los ayudas de cámara que se presentaron en el portal al oír la campanilla. Sus ojos, que sondeaban la vispera en el interior de su locutorio la profundidad de las miserias bajo los vestidos andrajosos del pueblo, estudiaron con la misma curiosidad el mobiliario y el lujo de las piezas por donde pasó, á fin de poder descubrir en ellas las miserias de la grandeza.

«El señor Popinot. El señor Bianchón».

Estos dos nombres fueron pronunciados á la entrada del gabinete donde se encontraba la marquesa, bonita pieza amueblada recientemente y que daba al jardín del palacio. En este momento la señora de Espard estaba sentada en uno de esos antiguos sofás que la señora había puesto de moda. Rastignac ocupaba á su izquierda una otomana, en la que se había colocado como el *primo* de una dama italiana. De pie, en el ángulo de la chimenea, se veía un tercer personaje. Como el sabio doctor había adivinado, la marquesa estaba dotada de un temperamento seco y nervioso, y á no ser por el régimen á que se sujetaba, su tez tendría un color rojizo; pero ella procuraba aumentar aún su blancura ficticia con los matices y los tonos vigorosos de los colores de que se rodeaba

ó de los trajes con que se vestía. El rojo obscuro, el marrón y el obscuro con reflejos de oro le sentaban á las mil maravillas. Su gabinete, copiado del de una célebre lady que estaba á la sazón de moda en Londres, estaba tapizado con terciopelo color granate, pero había añadido á él numerosos adornos, cuyos bonitos dibujos atenuaban la excesiva pompa de este color real. Iba peinada como una joven y terminaban sus cabellos en abundantes rizos que hacían resaltar el óvalo un poco largo de su rostro; pero tan innoble es la forma redonda de la cara, como majestuosa es la oblonga. Los espejos que prolongan ó achatan á voluntad las caras, son una prueba evidente de esta regla aplicable á la fisionomía. Al ver á Popinot, que se detuvo á la puerta como un animal espantado, tendiendo el cuello, con la mano izquierda en el bolsillo del pantalón y la derecha provista de un grasiento sombrero, la marquesa dirigió á Rastignac una mirada impregnada de burla. La actitud un tanto estúpida de aquel santo varón, armonizaba de tal modo con su grotesca figura que, al ver la cara contristada de Bianchón, que estaba avergonzado de su tío, Rastignac no pudo menos de volver la cabeza para reírse. La marquesa saludó con un movimiento de cabeza, é hizo un penoso esfuerzo para levantarse de su sofá, donde volvió á caer graciosamente, pareciendo que excusaba su descortesía con una fingida debilidad.

En este momento, la persona que se encontraba de pie entre la chimenea y la puerta hizo un ligero saludo, tomó dos sillas, ofreciéndoselas con un gesto al doctor y al juez, y, una vez que éstos se hubieron sentado, se puso de espaldas á la puerta y se cruzó de brazos. Diremos dos palabras sobre este hombre. Existe en nuestros días un pintor llamado Decamps, que posee en su más alto grado el arte de hacer interesante lo que representa á vuestras miradas, ya sea una piedra ó ya un hombre. Desde este punto de vista, su lápiz es más hábil que su pincel. Que dibuje un cuarto vacío y que deje una escoba apoyada en la pared, y no tengáis duda de que, si quiere, con esta cosa tan sencilla os hará temblar, pues creeréis que aquella escoba acaba de ser el instrumento de un crimen y que está empapado en sangre; os parecerá que es la escoba de que se sirvió la viuda Bancal para limpiar la habitación en que Fualdes fué degollado. Si el pintor enmarañará la escoba como si fuese un hombre

encolerizado, pondrá erizadas sus pajas como si se tratase de vuestros temblorosos cabellos y hará de ella una especie de intérprete entre la poesía secreta de su imaginación y la poesía que se desplegará en la vuestra. Después de haberles asustado con la presencia de esta escoba, mañana dibujará otra junto á la cual un gato dormido, pero dormido con misterioso sueño, os afirmará que aquella escoba sirve á la mujer de un zapatero alemán para barrer, ó bien os pintará alguna escoba pacífica de la cual suspenderá la levita de algún empleado del Tesoro. Decamps tiene en su pincel lo que Paganini tiene en su arco: un poder magnéticamente comunicativo. Pues bien, sería preciso comunicar al estilo ese genio sorprendente, ese *quid* del lápiz, para pintar al hombre recto, delgado y alto, vestido de negro y con largos cabellos negros, que permaneció de pie sin pronunciar palabra. Este señor tenía una cara lustrosa, fría y áspera y cuya tez se parecía á las aguas del Sena cuando está turbia y transporta el carbón de algún buque en descarga. Aquel hombre miraba al suelo, escuchaba y juzgaba. Su postura causaba espanto, y, en una palabra, estaba allí como la célebre escoba á la que Decamps había comunicado el poder acusador de revelar un crimen. A veces, durante la conferencia, la marquesa intentó obtener una opinión tácita fijando durante un instante sus ojos en este personaje; pero, á pesar de lo vivo que fué este mudo interrogatorio, el hombre permaneció grave y rígido como la estatua del Comendador.

El buen Popinot, sentado en el extremo de su silla, enfrente del fuego, con el sombrero entre sus piernas, contemplaba los candelabros de oro, el reloj, las curiosidades amontonadas sobre la chimenea, los tapices y los dibujos de las paredes y, en una palabra, todas esas pequeñeces tan costosas de que acostumbra á rodearse una mujer á la moda. En medio de su plebeya contemplación, fué atraído por la señora de Espard, que le decía con meliflua voz:

—Caballero, le doy á usted un millón de gracias...

—¡Un millón de gracias! es demasiado, se dijo para sus adentros Popinot.

—... por el trabajo que usted se ha dignado...

—¡Dignado! pensó el juez, parece que se burla de mí.

—... tomar viniendo á ver á una pobre litigante, dema-
tiado enferma para poder salir.

Esto diciendo, el juez cortó la palabra á la marquesa dirigiéndole una mirada inquisitorial con la cual examinó el estado sanitario de la pobre litigante.

—¡Si está sana como un toro! se dijo.

Y después prosiguió con aire respetuoso:

—Señora, usted no me debe nada. Aunque el paso que he dado no sea muy general, yo entiendo que el juez no debe ahorrar trabajo alguno para llegar al descubrimiento de la verdad en esta clase de asuntos. De este modo, nuestras sentencias están dictadas, más bien que por el texto de la ley, por las inspiraciones de nuestra conciencia. Con tal que encuentre la verdad, lo mismo me da encontrarla aquí que en mi despacho.

Mientras que Popinot hablaba, Rastignac estrechaba la mano de Bianchón y la marquesa hacía al doctor una ligera inclinación de cabeza llena de galanterías.

—¿Quién es este señor? preguntó Bianchón á Rastignac señalándole al hombre vestido de negro.

—El caballero de Espard, el hermano del marqués.

—Su señor sobrino de usted me ha dicho las muchas ocupaciones que usted tiene, respondió la marquesa, y yo, por otra parte, sé que usted procura siempre ocultar los favores que hace á fin de dispensar del agradecimiento á los favorecidos. Al parecer, el cargo de juez les ocasiona á ustedes demasiado que hacer. ¿Por qué no duplican el número de los jueces?

—¡Ah! señora, dijo Popinot, no es ese el caso. Con eso no se remediaría gran cosa; pero así y todo, creo que lo veremos cuando las gallinas meen.

Al oír esta frase, que sentaba tan bien á la fisonomía del juez, el caballero de Espard le miró de arriba abajo y pareció decirse:

—Me parece que fácilmente lograremos que nos dé la razón.

La marquesa miró á Rastignac, el cual se inclinó hacia ella para decirle:

—Ya ve usted qué clase de gente son los encargados de dictar sentencia acerca de los intereses y de la vida de los particulares.

Como la mayor parte de los hombres encanecidos en el oficio, Popinot se dejaba á veces llevar de las costumbres contraídas en él, y su conversación tenía no sé qué sabor á juez

de instrucción. Le gustaba interrogar á sus interlocutores, ponerles en apuro, mediante consecuencias inesperadas, y hacerles decir más de lo que querían. Cuéntase que Pozzo di Borgo se divertía en sorprender los secretos de sus interlocutores y en cogerles en sus lazos diplomáticos, desplegando así, impulsado por invencible hábito, su espíritu astuto y refinado. Tan pronto como Popinot hubo examinado el terreno en que se encontraba, comprendió que para descubrir la verdad era necesario echar mano de las astucias más hábiles y mejor disfrazadas que acostumbraban á emplearse en la Audiencia. Bianchón permanecía frío y severo como hombre que se dispone á sufrir un suplicio ocultando sus dolores; pero interiormente deseaba que su tío pudiese marchar sobre aquella mujer como se marcha sobre una víbora, comparación ésta que le fué inspirada por la larga bata, la postura encorvada, el largo cuello, la diminuta cabeza y los movimientos ondulados de la marquesa.

—Pues bien, caballero, repuso la señora de Espard, aunque siento gran repugnancia por todo lo que es egoísmo, he de advertirle que sufro hace ya mucho tiempo para no desear que acabase usted este asunto en seguida. ¿Obtendré pronto una solución feliz?

—Señora, haré cuanto de mí dependa para que usted lo logre, dijo Popinot con aire bondadoso. ¿Ignora usted la causa que ha motivado la separación entre usted y el marqués de Espard? preguntó el juez mirando á la marquesa.

—Sí, señor, respondió ella. A principios del año 1816, el señor de Espard, que hacía ya tres meses que había cambiado por completo de humor, me propuso que fuésemos á vivir á una de sus tierras situada cerca de Briançon, sin tener en cuenta el estado de mi salud, que hubiera sido perjudicada por aquel clima, y sin tener en cuenta mis costumbres, y yo me negué á seguirle. Mi negativa le inspiró reproches tan infundados, que desde aquel momento empecé á temerle todo por el estado de su razón. Al día siguiente se separó de mí, dejándome su palacio y la libre disposición de mis bienes y se fué á vivir á la calle de la Montagne-Sainte-Genievieve, llevándose consigo á mis dos hijos.

—Permitame usted, señora, dijo el juez interrumpiéndola, ¿en qué consistían sus bienes?

—En veintiséis mil francos de renta, respondió la marquesa. Yo consulté en seguida al anciano señor Bordin para

saber lo que debía hacer; pero, al parecer, son tales las dificultades con que se lucha para quitar á un padre el gobierno de sus hijos, que tuve que resignarme á vivir sola á los veintidós años, edad en la que muchas jóvenes suelen cometer mil locuras. Pero si usted ha leído, como supongo, mi demanda, conocerá indudablemente los principales hechos en que me fundo para pedir la interdicción del señor de Espard.

—Señora ¿ha dado usted algún paso para lograr que su marido le devuelva los niños? preguntó el juez.

—Sí, señor; pero todos fueron inútiles. ¡Qué triste es para una madre el verse privada del afecto de sus hijos, sobre todo cuando éstos pueden proporcionar esa clase de goces que tanto anhelan las mujeres todas!

—El mayor debe tener diez y seis años, dijo el juez.

—¡Quince! respondió vivamente la marquesa.

Al mismo tiempo que decía esto la marquesa, Bianchón miró á Rastignac, y la señora de Espard se mordió los labios y dijo:

—¿Pero qué le importa á usted la edad de mis hijos?

—¡Ah! señora, dijo el juez fingiendo no comprender el tono con que había pronunciado la marquesa estas palabras: un joven de quince años y su hermano, que debe tener lo menos trece, tienen piernas y cabeza y podrían venir á verla á usted á hurtadillas. Si no vienen es que obedecen á su padre. Y para obedecerle en este punto, es preciso que le quieran mucho.

—No le comprendo á usted, dijo la marquesa.

—¿Ignora usted acaso, respondió Popinot, que su procurador afirma en la demanda que sus hijos de usted son muy desgraciados al lado de su padre?

La señora de Espard contestó con encantadora inocencia:

—Ni siquiera sé lo que me obligó á decir el procurador.

—Perdóneme estas indicaciones, pero la justicia lo pesa todo, repuso Popinot. Lo que le pregunto á usted, señora, está inspirado por el deseo de conocer bien este asunto. Según usted, el señor de Espard la ha abandonado bajo un frívolo pretexto, y en lugar de ir á Briançon, adonde quería llevarle á usted también, se quedó en París. Este punto me está claro. ¿Conocía ya él á esa señora Jeanrenaud antes de su casamiento?

—No, señor, respondió la marquesa con una especie de

acritud, visible únicamente para Rastignac y para el caballero de Espard.

A la marquesa le molestaba aquel interrogatorio del juez, cuando lo que ella se proponía era ponerle de su parte; pero como la actitud de Popinot seguía siendo estúpida á causa de su preocupación, la señora de Espard acabó por atribuir las preguntas al genio *interrogador* del baile de Voltaire.

—Mis padres, dijo ella continuando, me casaron á la edad de diez y seis años con el señor de Espard, cuyo nombre, fortuna y género de vida respondían á lo que mi familia exigía del hombre que había de ser mi marido. El señor de Espard tenía entonces veintiséis años y era todo un caballero. Sus modales me agradaron, parecía tener mucha ambición, y á mí me gustan los ambiciosos, dijo la marquesa mirando á Rastignac. A juicio de los amigos de entonces del señor de Espard, si éste no hubiese encontrado á esa señora Jeanrenaud, sus cualidades, su saber y sus conocimientos le hubieran llevado á ocupar altos puestos políticos. El rey Carlos X le estimaba mucho, y por lo tanto, era seguro que hubiera alcanzado un elevado puesto en la corte. Esa mujer le ha sorbido el seso y ha destruído el porvenir de una familia.

—¿Cuáles eran las opiniones religiosas del señor de Espard?

—Era y es aún hoy muy piadoso, contestó la marquesa.

—¿Cree usted que la señora Jeanrenaud haya explotado acaso su misticismo?

—No, señor.

—Señora, tiene usted un palacio hermoso, dijo Popinot sacando las manos de los bolsillos del pantalón y desabrochándose la levita para calentarse. Este gabinete es muy confortable. Hay aquí sillas magníficas, las habitaciones son suntuosas, y comprendo que gima usted encontrándose aquí, sabiendo que sus hijos están mal albergados, mal vestidos y mal alimentados. Para una madre comprendo que no hay nada más espantoso.

—Sí, señor. Deseo tanto más procurar algunas distracciones á mis pobres niños, cuanto que su padre les hace trabajar de la mañana á la noche en esa horrible obra sobre la China.

—Usted da magníficos bailes, donde ellos se divertirían,

aunque acaso se aficionasen á la disipación; sin embargo, entiendo que bien podía su padre enviárselos á usted una ó dos veces en invierno.

—Me los trae el día primero de año y el día de mi santo. Esos días, el señor de Espard me hace el favor de comer con ellos en mi casa.

—Esa conducta es muy rara, dijo Popinot afectando un aire de hombre convencido. ¿Ha visto usted alguna vez á esa señora Jeanrenaud?

—Un día que mi cuñado, por interés hacia su hermano...

—¡Ah! ¿es hermano del señor de Espard este caballero? dijo el juez interrumpiendo á la marquesa.

El caballero se inclinó sin pronunciar palabra.

—El señor de Espard, que se ha ocupado mucho de este asunto, me llevó un día al oratorio donde esa mujer va á rezar, pues es protestante. La vi allí, y confieso que no tiene atractivo alguno; parece una carnicera. Es extraordinariamente gruesa, picada de viruelas, tiene las manos y los pies de hombre, es bizca, en una palabra, es un monstruo.

—¡Esto es inconcebible! exclamó el juez fingiéndose el más necio de todos los jueces del reino. Y ese ente vive aquí cerca, en la calle de Verte, en un palacio.

—En un palacio donde su hijo ha hecho unos gastos enormes.

—Señora, dijo el juez, yo vivo en el arrabal Saint-Marceau, y no sé lo que son esa clase de gastos. ¿A qué llama usted gastos enormes?

—Pues á tener una cuadra, cinco caballos, tres coches, una calesa, un cupé, un cabriolé, dijo la marquesa.

—¿Y cuesta mucho todo eso? dijo Popinot asombrado.

—¡Yo lo creo! dijo Rastignac interrumpiéndole. Un tren semejante exige para la cuadra, los gastos de los coches y los trajes de los lacayos, de quince á diez y seis mil francos.

—¿Cree usted, señora? preguntó el juez con aire sorprendido.

—Sí, por lo menos, respondió la marquesa.

—Pues el mobiliario del palacio ha debido costar mucho también.

—Más de cien mil francos, respondió la marquesa, que no pudo menos de sonreirse al ver la vulgaridad del juez.

—Señora, los jueces, repuso el buen hombre, son bastante incrédulos; están pagados para serlo, y yo lo soy. Si

eso es así, resultará que el señor barón de Jeanrenaud y su madre habrán explotado atrocemente al marqués de Espard. Según ustedes, los gastos de cuadra únicamente ascienden á diez y seis mil francos anuales. La mesa, los salarios de los criados y los demás gastos de la casa tendrían que ascender por lo menos al doble, lo cual exigiría un gasto de cincuenta ó sesenta mil francos anuales. ¿Creen ustedes que esas gentes tan miserables ayer, pueden tener hoy una fortuna tan grande? Un millón da apenas cuarenta mil francos de renta.

—Señor, el hijo y la madre han colocado los fondos que les ha dado el señor marqués de Espard, en papel del Estado cuando estaba al sesenta ó al ochenta, y yo creo, por lo tanto, que sus rentas deben ascender á más de sesenta mil francos. Por otra parte, el hijo tiene muy buen sueldo.

—Y si ellos gastan sesenta mil francos, ¿cuánto gasta usted? preguntó el juez.

—Poco más ó menos, lo mismo, respondió la señora de Espard.

El caballero de Espard hizo un gesto, la marquesa se sonrojó y Bianchón miró á Rastignac; pero el juez afectó un aire bondadoso que engañó á la marquesa. Su cuñado no tomó parte alguna en la conversación y lo creyó todo perdido.

—Señora, dijo Popinot, entiendo que hay motivo para citar á esas gentes ante un juez extraordinario.

—Tal era también mi opinión, repuso la marquesa encantada, y de ese modo, amenazados por la policía correccional, acaso transigirían.

—Señora, dijo Popinot, cuando el señor de Espard se separó de usted ¿no le dió poder para administrar sus bienes?

—No comprendo el objeto de esas preguntas, dijo vivamente la marquesa. Me parece que si tuviera usted en cuenta el estado en que me coloca la demencia de mi marido, debería usted ocuparse de él y no de mí.

—Todo se andará, señora, dijo el juez. Si el señor marqués de Espard fuese interdicto, antes de confiar á usted ó á otro la administración de sus bienes, el tribunal debe saber cómo gobierna usted los suyos. Si el señor marqués de Espard le hubiese dado á usted un poder, habría demostrado la confianza que usted le inspiraba, y el tribunal apreciaría este hecho. ¿Tiene usted ese poder? Con él podría

usted haber comprado y vendido inmuebles y colocado el capital en buenas condiciones.

—No, caballero, los Blamont-Chauvry no acostumbran á ejercer el comercio, dijo la marquesa herida en su orgullo nobiliario y olvidando ya su negocio. Mis bienes están intactos y el señor marqués de Espard no me ha dado ningún poder.

El caballero de Espard se puso la mano sobre los ojos para no dejar ver la viva contrariedad que le causaba la poca previsión de su cuñada, que se mataba con sus respuestas. A pesar de los rodeos de su interrogatorio, Popinot se había ido derecho al grano.

—Señora, este caballero, dijo señalando al caballero de Espard, es pariente de usted, y creo que podemos hablar aquí sin reticencias, ¿verdad?

—Hable, dijo la marquesa asombrada de esta precaución.

—Pues bien, señora, admito que usted gaste sesenta mil francos anuales, y es indudable que esta suma le parecerá bien empleada al que vea las cuadras de usted, su palacio, sus numerosos criados y las costumbres de una casa cuyo lujo me parece superior al de los Jeanrenaud.

La marquesa hizo un gesto de asentimiento.

—Ahora bien, repuso el juez, aquí, para *inter nos*, digo que si usted no posee más que veintiséis mil francos de renta, bien pudiera ocurrir que usted tuviera deudas por valor de cien mil francos, y el tribunal tendría, por lo tanto, perfecto derecho á creer que entre los motivos que le mueven á usted á pedir la interdicción de su marido existe un interés personal, una necesidad de satisfacer sus deudas, si... usted las tuviese. Las recomendaciones que me han sido hechas me han interesado por su situación. Examine la usted bien y confíese. En el caso de que mis hipótesis fueran ciertas, estaríamos aún á tiempo para evitar el escándalo de una crítica que el tribunal se vería precisado á hacer de la conducta de usted, si no presenta su situación clara y limpia. Nosotros estamos obligados á examinar los motivos que los demandantes tienen para demandar, á escuchar las defensas del hombre á quien se ha de interdecir y á investigar si los actos no son producto de pasiones ó de avidices que, desgraciadamente, son muy comunes...

La marquesa sufría tanto en este momento como san Lorenzo en las parrillas.

—... Yo necesito, por lo tanto, explicaciones respecto á este punto, decía el juez. Señora, deseo únicamente saber cómo se ha arreglado usted para soportar un gasto de sesenta mil francos hace ya algunos años. Existen muchas mujeres que ofrecen este fenómeno sin salir de su casa; pero yo sé que usted no es de esa clase de mujeres. Hable usted; puede usted tener medios muy legítimos, pensiones reales, recursos que provengan de las indemnizaciones recientemente concedidas; pero en este último caso hubiera usted necesitado la autorización de su marido para recogerlas.

La marquesa permanecía muda.

—Piense usted, dijo Popinot, que el señor marqués acaso quiere defenderse y que su abogado tiene perfecto derecho á averiguar si usted tiene ó no acreedores. Este gabinete está recientemente amueblado, y su casa de usted no tiene los mismos muebles que le dejó su marido en 1816. Si, como me ha hecho usted el honor de decirme hace un momento, los muebles son costosos para los Jeanrenaud, creo que lo serían más para usted, siendo, como es, una gran dama. Si soy juez, también soy hombre, y puedo engañarme: instrúyame usted acerca de este punto. No olvide usted los deberes que la ley me impone y las rigurosas investigaciones que exige cuando se trata de pronunciar la interdicción de un padre de familia que se encuentra en la flor de la edad. Señora marquesa, le ruego á usted que me dispense las objeciones que tengo el honor de hacerle, acerca de las cuales supongo le ha de ser fácil dar explicación. Además, cuando un hombre es interdicto por demencia, necesita curador; ¿quién sería el curador?

—Su hermano, dijo la marquesa.

El caballero saludó. Hubo un momento de silencio que fué bastante molesto para aquellas cinco personas reunidas. Divirtiéndose, el juez había descubierto la llaga de aquella mujer. La cara, plebeyamente bondadosa de Popinot, de quien la marquesa, el caballero y Rastignac estaban dispuestos á reirse, había adquirido á sus ojos su verdadera fisonomía. Mirándole á hurtadillas, los tres veían las mil significaciones de aquella elocuente boca. El hombre ridículo se convirtió en juez perspicaz. Su atención para evaluar aquel gabinete se explicaba: había empezado por examinar el elegante dorado que sostenía el reloj para calcular aquel

lujo y acababa por leer en el fondo del corazón de aquella mujer.

—Si el marqués de Espard está loco por la China, dijo Popinot señalando las chucherías que había sobre la chimenea, veo con satisfacción que tampoco le desagradan á usted. Pero acaso deba usted al marqués todas estas figuritas chinescas.

Esta burla de buen gusto hizo sonreír á Bianchón, petrificó á Rastignac y obligó á la marquesa á morderse sus delgados labios.

—Señor, dijo la marquesa de Espard, en lugar de defender á una mujer colocada en la cruel alternativa de ver perdidos sus hijos y su fortuna, ó de pasar por enemiga de su marido, ¿usted me acusa! ¿sospecha usted de mí! Confíese usted que su conducta es muy extraña.

—Señora, respondió vivamente Popinot, si en lugar de ser yo fuera otro el juez, dada la circunspección que el tribunal emplea en esta clase de asuntos, se vería usted criticada con menos indulgencia de la que yo empleo. Por otra parte, ¿cree usted que el abogado del señor de Espard ha de mostrarse complaciente? ¿Cree usted que no ha de procurar que aparezcan bajas intenciones que pueden ser puras y desinteresadas? Su vida de usted le pertenecerá y la escudriñará sin emplear en sus indagaciones la respetuosa deferencia que yo guardo á usted.

—Caballero le doy á usted las gracias, respondió irónicamente la marquesa. Supongamos por un momento que yo debo treinta mil, cincuenta mil francos, lo cual no dejaría de ser una bagatela de las casas de Espard y de Blamont-Chauvry; pero si mi marido no goza de sus facultades intelectuales, ¿sería aquello un obstáculo para su interdicción?

—No, señora, dijo Popinot.

—Aunque usted me haya interrogado con una astucia que yo no debía suponer en un juez, en una circunstancia en que la franqueza bastaba para lograrlo también, y, aunque me considere autorizada para no decir más nada, le diré á usted sin rodeos que mi estado en el mundo y los esfuerzos que hice para conservar mis relaciones, están en desacuerdo con mis gustos. Empecé la vida permaneciendo largo tiempo en la soledad; pero el interés por mis hijos habló muy alto y comprendí que debía reemplazar á su padre. Recibiendo á mis amigos, conservando mis relaciones y contrayendo

deudas, he asegurado su porvenir y les he preparado brillantes carreras, donde encontrarán ayuda y sostén; y para tener lo que yo les he conquistado de este modo, muchos magistrados y banqueros calculadores pagarían gustosos lo que me ha costado.

—Señora, aprecio en lo que vale su conducta, que la honra y que estoy muy lejos de criticar, respondió el juez. El magistrado pertenece á todos, debe conocerlo todo y necesita pesarlo todo.

El tacto de la marquesa y su costumbre de juzgar á los hombres, le hicieron comprender que el señor Popinot no admitiría influencias de ningún género. Había contado con un magistrado ambicioso y se encontraba con un hombre de conciencia, y entonces pensó de pronto en echar mano de otros medios para asegurar el éxito de su empresa. Los criados llevaron el té.

—¿Tiene la señora que darme alguna otra explicación? dijo Popinot al ver aquellos preparativos.

—No, señor, le respondió ella con altanería, cumpla usted con su deber, interrogue al señor de Espard, y estoy segura de que acabará por compadecerse de mí.

Y esto diciendo, la marquesa levantó la cabeza mirando á Popinot con mezcla de arrogancia y de impertinencia, y el buen hombre la saludó respetuosamente.

—Es muy amable tu tío, dijo Rastignac á Bianchón. ¿Pero no comprende nada? ¿pero no sabe quién es la marquesa de Espard é ignora su influencia y su poder oculto en el mundo? Mañana seguramente recibirá en su casa al ministro de Justicia.

—Querido mío, ¿qué quieres que haga yo? dijo Bianchón, ya te lo advertí. Es un hombre muy raro.

—Y tanto, dijo Rastignac.

El doctor se vió obligado á saludar á la marquesa y á su mudo caballero para correr al lado de Popinot, el cual, huyendo de aquella enfadosa situación, recorría ya con paso corto y ligero los salones.

—Esa mujer debe cien mil escudos, dijo el juez subiendo al coche de su sobrino.

—¿Qué piensa usted del asunto?

—Yo no formo nunca opinión antes de haberlo examinado todo. Mañana por la mañana citaré á la señora Jeanreanaud á mi despacho para pedirle explicaciones acerca

de los hechos que se le atribuyen, toda vez que está comprometida.

—Me gustaría saber el final de este asunto.

—¡Bah! ¡Dios mío! ¿no ves que la marquesa es instrumento de ese hombre alto y seco que no ha dicho una palabra? Tiene ese hombre algo de Caín, pero de Caín que busca su quijada en el tribunal donde, desgraciadamente para él, tenemos más de una espada de Damocles.

—¡Ah! Rastignac, exclamó Bianchón, ¿quién te ha metido en esa galera?

—Nosotros estamos acostumbrados á ver esos pequeños complots en las familias, y no pasa año sin que se promueva alguna sentencia de no haber lugar á demandas de interdicción. Dadas nuestras costumbres, esta clase de tentativas no deshonran, mientras que enviamos á presidio á un pobre diablo por haber roto el vidrio que le separaba de una escudilla llena de oro. Vuestro código no deja de tener muchos defectos.

—Pero ¿y los hechos alegados en la demanda?

—Hijo mío ¿ignoras tú aún las novelas judiciales que los clientes cuentan á sus procuradores? Si éstos se limitasen á decir la verdad, no ganarían ni siquiera el interés del dinero que les costó el estudio.

Al día siguiente, á las cuatro de la tarde, una mujer gruesa que tenía bastante semejanza con un tonel al que se le hubieran puesto unas faldas y un cinturón, sudaba y soplaba subiendo la escalera que conducía al despacho del juez Popinot. Dicha mujer había salido con gran trabajo de un landó verde que le sentaba á las mil maravillas; la mujer no se concebía sin el landó, ni éste sin la mujer.

—Soy yo, mi querido señor, dijo la mujer presentándose á la puerta del despacho del juez, la señora Jeanrenaud, á quien ha citado usted ni más ni menos que si fuese una ladrona.

Estas palabras comunes fueron pronunciadas con voz común también, interrumpidas por los obligados silbidos del asma y terminadas con un acceso de tos.

—Señor, no puede usted imaginarse lo que sufro cuando paso por sitios húmedos. Lo que es yo no llegaría á vieja en esta casa. En fin, aquí me tiene usted, ¿qué desea de mí?

El juez permaneció asombrado al ver á aquella pretendida encantadora. La señora Jeanrenaud tenía una cara pla-

gada de agujeros, muy colorada, frente deprimida, nariz remangada y corte redondo como una bola, pues en aquella mujer todo era redondo. Tenía, además, los ojos vivos como una aldeana, aire francote, palabra jovial y cabellos castaños, retenidos por un gorro colocado debajo de un sombrero verde adornado de un viejo ramillete de flores. Los voluminosos pechos excitaban la risa, pues á cada golpe de tos hacían creer en una violenta explosión. Sus gruesas piernas parecían dos vigas. La viuda llevaba una bata verde guarnecida de chinchilla, que le sentaba como una mancha de sebo en el velo de una casada. En fin, en ésta todo estaba en armonía con sus últimas palabras: «Aquí me tiene usted, ¿qué desea de mí?»

—Señora, le dijo Popinot, está usted acusada de haber seducido al señor marqués de Espard para sacarle considerables sumas.

—¿De qué, de qué? repitió ella, ¿de seducir! pero, querido señor, usted es un hombre respetable, y, por otra parte, como magistrado, debe usted estar dotado de buen sentido. Míreme usted y dígame, por Dios, si soy capaz de seducir á nadie. No puedo atarme los cordones de los zapatos ni agacharme, y, á Dios gracias, hace ya veinte años que no puedo ponerme corsé, so pena de muerte violenta. A los diez y ocho años estaba delgada como un espárrago y bonita, hoy puedo decirlo. Me casé, pues, con Jeanrenaud, un buen hombre, conductor de barcos de sal. Tuve un hijo, que hoy es un guapo muchacho; es mi gloria; y, sin despreciarme, creo que es mi obra más hermosa. Mi pequeño Jeanrenaud era un soldado que honraba á Napoleón y sirvió en la guardia imperial. ¡Ay de mí! La muerte de mi marido, que pereció ahogado, ha armado en mí una revolución. Tuve la viruela, y después de haber permanecido una porción de tiempo en cama sin moverme, salí de ella, gorda como usted me ve, fea á perpetuidad y desgraciada como las piedras. ¡Estas son mis seducciones!

—Pero, señora, ¿cuáles son, pues, los motivos que puede tener el señor de Espard para darles á ustedes sumas...?

—Inmensas, señor, puede usted decirlo, yo no lo niego; pero respecto á los motivos, he de confesarle que no estoy autorizada para declararlos.

—Haría usted mal, porque en este momento, su familia, inquieta con razón, le va á perseguir.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! dijo la buena mujer levantándose con vivacidad, ¿será posible que puedan hacer daño por causa mía al rey de los hombres, á un señor que no tiene igual? Antes de que él tenga el menor disgusto, sepa usted, señor juez, que lo devolveríamos todo. Puede usted, desde luego, hacer constar esto en mi declaración. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡corro á decir á Jeanrenaud lo que ocurre! ¡Ah! ¡esto si que estaría bueno!

Y esto diciendo, aquella mujer se levantó, salió, bajó rápidamente la escalera y desapareció.

—Esta sí que no miente, se dijo el juez. Vamos, mañana lo sabré todo, porque mañana iré á casa del marqués de Espard.

Las gentes que han pasado ya de la edad de las ilusiones, no desconocen la influencia que ejercen sobre los grandes acontecimientos, actos que son en apariencia indiferentes, y no se asombrarían, por lo tanto, de la importancia que tuvo el siguiente hecho. Al día siguiente, Popinot tuvo un coriza, enfermedad sin peligro, conocida con el nombre impropio y ridículo de *catarro cerebral*. Incapaz de sospechar la gravedad de una dilación, el juez, que se sintió con un poco de fiebre, guardó cama y no fué á interrogar al marqués de Espard. Este día perdido fué en este asunto lo que en la jornada de los Desengaños (1) el caldo que tomó María de Médicis, la cual, retardando su conferencia con Luis XIII, dió tiempo á Richelieu á llegar primero que ella á Saint-Germain y á que volviese á rescatar la confianza del rey.

Antes de seguir al magistrado y á su escribano á casa del marqués de Espard, nos parece conveniente dirigir una rápida ojeada á la morada, al género de vida y á los asuntos de este padre de familia, representado como un loco en la demanda de su mujer.

En los barrios viejos de París encuéntranse desparramados aquí y allá algunos edificios en los que el arqueólogo reconoce cierto deseo de adornar la villa y ese amor á la limpieza que contribuye á hacer más duraderas ciertas construcciones.

(1) El 11 de noviembre de 1630, llámase día de los Desengaños, porque María de Médicis y Gastón de Foie habían arrancado á Luis XIII la promesa de que destinara á Richelieu, cuando éste, corriendo á Versalles, ve al rey, recobra su confianza, y no sólo burla á sus adversarios, sino que no tarda en vengarse de ellos con rigor. (Nota del traductor).

nes. La casa en que vivía á la sazón el marqués de Espard, en la calle de la Montagne-Sainte-Genevieve, era uno de esos monumentos antiguos construídos con piedra tallada y que no carecen de cierta riqueza en su arquitectura; pero el tiempo había ennegrecido la piedra y las revoluciones de la ciudad habían alterado su interior y su exterior. Los elevados personajes que habitaban antaño el barrio de la Universidad se marcharon al par que las grandes constituciones eclesiásticas, y esta casa sirvió de morada á industrias y á habitantes para los que no había sido destinada. En el siglo pasado, una imprenta había estropeado el entarimado, había ennegrecido las maderas y las paredes y destruído las principales disposiciones interiores. Esta noble casa, morada de un cardenal en otro tiempo, estaba hoy ocupada por obscuros inquilinos. El carácter de su arquitectura indicaba que había sido construída durante los reinados de Enrique III, Enrique IV y de Luis XIII, en la época en que se construían en los alrededores los palacios Miñón, Serpente, el de la princesa palatina y la Sorbona. Un anciano se acordaba de haberlo oído llamar en el siglo pasado el palacio Duperrón, siendo, en efecto, muy verosímil que este cardenal lo hubiese construído ó habitado, pues existe en el ángulo del patio una escalinata compuesta de varios peldaños, por la cual se entra en la casa, y se baja al jardín por otra escalinata construída en medio de la fachada exterior. A pesar de las degradaciones que ha sufrido, el lujo desplegado por el arquitecto en la balaustrada y en las barandillas de estas dos escalinatas, anuncia la sencilla intención de recordar el nombre del propietario, pues es esta especie de calambano esculpido, uno de los que se permitían á veces nuestros antepasados. En fin, en comprobación de nuestro escrito, los arqueólogos pueden ver en los tímpanos que adornan las dos fachadas principales algunas huellas de cordones de sombrero romano. El señor marqués de Espard ocupaba el piso bajo, sin duda con el objeto de disfrutar del jardín, que podía pasar en este barrio por espacioso y que estaba expuesto al mediodía, siendo éstas dos ventajas que exigía imperiosamente la salud de sus hijos. La situación de la casa en una calle cuyo nombre indica ya su rápida pendiente, procuraba á este piso bajo una elevación bastante grande para que no hubiese en él nunca humedad. El señor de Espard había alquilado esta habitación por una módica suma

(pues los alquileres eran muy baratos en la época en que él vivió en este barrio), á fin de estar cerca de los colegios y de vigilar la educación de sus hijos. Por otra parte, el estado en que se encontraban las habitaciones había decidido necesariamente al propietario á mostrarse complaciente, y, sin ser tachado de loco, el señor de Espard había podido hacer en su casa algunos gastos para establecerse en ella convenientemente. La elevación de las habitaciones, su disposición, sus puertas, de las cuales sólo subsistían los quicios, los adornos de los techos, y, en una palabra, todo respiraba esa grandeza que el sacerdocio ha impreso siempre á las cosas emprendidas ó empleadas por él y que los artistas encuentran hoy en los más ligeros fragmentos que de aquéllas subsisten, aunque sólo sea un libro, un traje, una estantería de biblioteca ó algún sofá. Las pinturas que había ordenado hacer el marqués tenían esos tonos oscuros á que tan aficionados son en Holanda, que tanto gustaban á la antigua clase media parisiense y que sirven hoy á los pintores para producir hermosos efectos. Los testers estaban empapelados de un modo que armonizaba con las pinturas. Las ventanas tenían cortinas de tela barata, pero escogidas de modo que produjesen un efecto armónico con el aspecto general. Los muebles eran escasos y estaban bien distribuidos. Cualquiera que entrase en esta morada no podía menos de experimentar un sentimiento grato y apacible inspirado por la calma profunda y por el silencio que allí reinaba y por la modestia y la unidad del color. Una cierta nobleza en los detalles, la exquisita limpieza de los muebles, una armonía perfecta entre las cosas y las personas, todo parecía traer á los labios la palabra *suave*. Pocas personas eran recibidas en estas habitaciones ocupadas por el marqués y sus dos hijos, cuya existencia podía parecer misteriosa á todo el vecindario. En uno de los cuerpos del edificio que dan á la calle, en el tercer piso, existían tres grandes cuartos, que permanecían en el estado de deterioro y de desnudez grotesca en que los había dejado la imprenta. Estas tres piezas, destinadas á la explotación de la *Historia pintoresca de la China*, estaban dispuestas de manera que contenían un despacho, un almacén y un cuartito donde permanecía el señor de Espard durante una parte de la mañana, pues desde después de almorzar hasta las cuatro de la tarde, el marqués permanecía en otro despa-

cho situado en el tercer piso, á fin de ocuparse de la publicación que había llevado á cabo. Las personas que iban á verle le encontraban generalmente allí. Sus hijos subían también frecuentemente á este despacho al salir del colegio. La habitación del piso bajo formaba, pues, un santuario que el padre y los hijos ocupaban desde la hora de comer hasta el día siguiente. De este modo, su vida de familia estaba completamente incomunicada. Por todo servicio, tenían una cocinera, mujer vieja que servía hacía ya muchos años en su casa, y un ayuda de cámara, de cuarenta años, que estaba á su servicio ya antes de casarse con la señorita de Blamont-Chauvry. El aya de los niños permanecía también á su lado, y los detalles minuciosos que esta mujer empleaba en el arreglo de las habitaciones y en el cuidado de los niños, demostraban su amor maternal por los intereses de su amo. Graves y poco comunicativos, estos tres criados parecían haber comprendido el pensamiento que presidía la vida interior del marqués. Este contraste entre sus costumbres y las de la mayor parte de los criados constituía una rareza, además que contribuía á dar á aquella casa un aire misterioso y á que la calumnia levantada contra el señor de Espard tuviese donde hacer presa. Motivos muy laudables le habían movido á no relacionarse para nada con los inquilinos de la casa. Al tomar á su cargo la educación de sus hijos, deseó librarles de todo contacto con personas extrañas. Sin duda quería evitar de este modo las molestias y disgustos de tener vecinos. En un hombre de su calidad y en un tiempo en que el liberalismo imperaba, particularmente en el barrio latino, esta conducta tenía que levantar contra él pequeños rencores, malos sentimientos, cuya estupidez sólo es comparable á su bajeza y que daban origen á multitud de chismes y calumnias ignoradas completamente por el señor marqués y sus criados. Su ayuda de cámara pasaba por ser un jesuita, su cocinera era una hipócrita y el aya se entendía con la señora Jeanrenaud para desplumar al loco. El loco era el marqués. Insensiblemente, los inquilinos llegaron á tachar de locura una porción de cosas observadas en el señor de Espard, cosas para los que no pudieron encontrar ellos motivos razonables. Creyendo muy poco en el éxito de su publicación acerca de la China, el vecindario acabó por persuadir al propietario de la casa de que el señor de Espard no tenía un cuarto, en el momento